





Bola de Sebo



Guy de Maupassant

Bola de Sebo

*panta rei*  
acvf editorial

*Diseño de la colección:  
La Vieja Factoría*

*Ilustraciones*

*Guy de Maupassant (1888), fotografiado por Nadar (portada del prólogo)*

*«Bola de Sebo» (1884), de Paul-Émile Boutigny (portada de la novela). Musée de Beaux-Arts de Carcassonne*

*«Bola de Sebo», acuarelas de Georges Scott (tapas y colofón)*

*Boule de Suif*

1880, Guy de Maupassant

© José Marzo, 2024, de la traducción y el prólogo  
© acvf\_la vieja factoría, 2024, de la presente edición

ISBN: 978-84-949453-9-7





# Maupassant o el arte de narrar

Trabajo duro en mi novela breve sobre los  
ruaneses y la guerra. En adelante necesitaré llevar  
pistolas en los bolsillos para pasar por Ruan.

Guy de Maupassant, 1879

Los campos están cubiertos de nieve. Francia ha caído en la guerra que sostenía frente a la coalición alemana. La orgullosa ciudad de Ruan, capital de Normandía, que ha visto pasar los restos de su ejército derrotado, luego ha recibido al ejército invasor. Nada será igual tras esta guerra que enfrenta a dos grandes potencias continentales de Europa. Cuando comenzó, en agosto de 1870, Francia era una monarquía gobernada por Napoleón III, y Prusia, al mando del rey Guillermo I, destacaba como fuerza militar entre los divididos territorios alemanes. Cuando se firme el armisticio, Francia, que ya ha proclamado la Tercera República, se desangrará otra vez, ahora en una breve y cruenta guerra civil, mientras que Alemania se habrá unido. El marco elegido para la ceremonia de coronación de Guillermo I como emperador alemán, en enero de 1871, resume el nuevo equilibrio de poderes: es la antigua residencia del Rey Sol francés, el Palacio de Versalles, a unos pocos kilómetros de París.

Pero a Maupassant le interesaban menos los grandes párrafos de la historia que las vivencias profundas, las líneas sencillas de las experiencias que incumben a indivi-

duos. Son experiencias en las que unas pocas personas se juegan sus intereses y deseos, sus valores, y que las definen y las marcan.

Adoro *Bola de Sebo*. Adoro la narración y adoro al personaje, a esta mujer desarraigada que se ha enriquecido con la prostitución; bonapartista conservadora, patriota hasta la ingenuidad, pero mártir de un falso patriotismo del interés; una mujer que desea ser amada y reconocida, generosa de corazón, pero será utilizada como moneda de cambio.

Qué tiene esta novela corta que ha cautivado a millones de lectores durante más de cien años en decenas de idiomas. Una arquitectura concisa y perfecta, que ha inspirado a cineastas. Descripciones impresionistas, que parecen ir de la mano de los grandes artistas que, como Degas, Cézanne y Monet, revolucionaron la pintura de su tiempo. Unos personajes que se mueven entre la caricatura y la penetración psicológica. Un sentido de la oportunidad histórica que enlaza con problemas universales. Una voz que se implica y se aparta, irónica, ambigua. Un estilo ligero, siempre ligero, que toca la profundidad sin engancharse en ella. Siempre sugerente, siempre abierta. Una obrita maestra del realismo.

La última aparición pública de Maupassant, con poco más de cuarenta años, tuvo lugar en París en la estación de tren del Norte una mañana de principios de 1892. Días antes, en su domicilio de Cannes, había intentado suicidarse en dos ocasiones. La primera, disparándose en la sien con una pistola, previamente descargada por sus cuidadores. La segunda, seccionándose el cuello con una navaja. Por unos milímetros no acertó con la yugular. Devastado por una enfermedad, la sífilis, que había ido evolucionando desde su juventud, Maupassant era ya incapaz de escribir

y se extraviaba en las conversaciones. Unas semanas antes había escrito:

El cerebro consumido y aún vivo, no puedo escribir. Ya no puedo ver. Es el desastre de mi vida.

Fue bajado del tren con camisa de fuerza, para ser llevado al asilo psiquiátrico de Passy, donde se iría sumiendo en un estado vegetativo, sin reconocer a familiares y amigos, y donde moriría más de un año después.

El final de Maupassant ha alimentado su leyenda. Algunos filólogos de finales del siglo XIX, influidos por la psicología especulativa de la época, gustaban de identificar creatividad con locura, originalidad con enfermedad. Los crecientes problemas de salud mental de Maupassant pudieron aportar motivos a sus narraciones, como las alucinaciones fantásticas de «El Horla», pero la creación artística es obra de una personalidad completa: la experiencia, el contexto social e histórico, la voluntad, el oficio y el estilo, la inspiración y la conciencia. En apenas diez años, que coinciden con la década de 1880, Maupassant escribió un puñado de novelas memorables y más de trescientos cuentos. Entre sus narraciones, *Bola de Sebo* fue decisiva en su breve carrera de escritor. Publicada en 1880 en el volumen colectivo titulado *Las veladas de Médan*, su éxito fue inmediato y casi unánime. El mayor éxito debería ser siempre casi unánime, indicio de una cultura vigorosa y abierta al debate. Para Flaubert, su maestro, mentor y amigo, que tuvo la oportunidad de leer el original, *Bola de Sebo* era una obra maestra. Apenas si le sugirió un par de cambios de léxico. También nos ha llegado el testimonio del impacto que el relato, aún inédito, causó en los mismos escritores que compartían volumen con él. Reunidos para leerse mutuamente sus textos en voz alta,

convinieron en la calidad sobresaliente de la narración de Maupassant. Los lectores franceses fueron seducidos por el relato y por esta nueva voz. A partir de su publicación, sería un autor reconocido y famoso. Abandonó su empleo en el Ministerio de la Marina y se dedicó a tiempo completo a la escritura. Novelas como *Bel-Ami* y relatos como «La Casa Tellier» y «El Horla» no defraudaron las expectativas despertadas.

En la biografía de Maupassant hay otras facetas menos conocidas: el remador y nadador vigoroso, el humorado animador de reuniones sociales, el frecuentador de prostíbulos, el hijo devoto... el soldado. Reclutado y conducido al frente de Normandía en 1870, sus experiencias de la guerra le aportarían el material para su futura narración.

Por poco me libré de ser apresado por los prusianos; nos replegamos delante de ellos en Ruan; permanecí al final de la retaguardia para llevar órdenes del intendente al general; luego hice por la noche quince leguas a pie. Algunos prusianos a caballo nos persiguieron, pero por poco tiempo; en Pont-Audemer todas las casas estaban llenas de soldados, me vi obligado a acostarme en un sótano; sin frazada, para no quedarme afuera con un frío de diez grados bajo cero.

Toda una generación de franceses conservarían cicatrices de la guerra con Prusia y del posterior levantamiento democrática y federalista de la Comuna de París, en la primavera de 1871, que se cerró con una represión sangrienta. En los años siguientes, Francia se hundió en un trauma colectivo. Los fastos de la Exposición Universal de 1878 y la amnistía total de 1880 sellarían el intento de renova-

ción del país. Los escritores acompañaron este espíritu. Los *Cuentos del lunes*, de Alphonse Daudet; la *Trilogía de Jacques Vingtras*, de Jules Vallès; y Victor Hugo, Émile Zola... Todos ellos forman parte del patrimonio literario. Con profundas diferencias de perspectiva, coincidieron en la crítica humanista y el cuestionamiento mismo de la identidad colectiva heredada. Francia se estaba rehaciendo, y la creatividad de los escritores, abriendo un brillante nuevo periodo de la literatura, contribuyó a repensar y sostener la cultura sobre nuevas bases. En *Bola de Sebo*, Maupassant invitó a ver el pasado reciente con una mirada distante e irónica, propia de una cabeza bifaz. Una cara es amarga, la otra sonríe burlona.

El mundo estaba cambiando. Las viejas referencias, ya gastadas, se desmoronaban. En la guerra entre Francia y Prusia, no reviviría el espíritu de Juana de Arco, la doncela de Orleáns, quemada en la hoguera en Ruan quinientos años antes por los ocupantes ingleses. Los viejos estamentos dirigentes habían perdido el patrimonio de la moral.

*Bola de Sebo* subvierte el pasado, cuestiona el presente y anuncia el futuro. La más despreciada de las mujeres, una prostituta, será la heroína del relato de Maupassant, casi el negativo de la mártir doncella medieval. La ciudad de Ruan, cuyas torres abrigaban los recuerdos de las antiguas proezas bélicas, se convertirá en el primer telón de fondo de su tragicomedia. La estrechez de un cierre, que avanza con lentitud por los campos nevados, será el espacio en el que un puñado de personas dispares comiencen a mirarse a los ojos: las tres parejas de nobles, políticos y comerciantes, con las mentes puestas en sus intereses; las religiosas, con la mente elevada hacia la trascendencia; el demócrata, con la mente dirigida a la futura revolución. *Bola de Sebo* será pronto el centro de las

miradas. La posterior convivencia forzada en un albergue, bien conocido por el propio Maupassant, al fin provocará que las máscaras se levanten un instante. Ni siquiera los victoriosos alemanes son objeto de rencor. En el pueblo cercano, veremos a los sencillos soldados ocupantes ayudando a las mujeres con la limpieza del hogar y el cuidado de los bebés. Los maridos están lejos, combatiendo.

Nada falta y nada sobra en esta obra de arte de la sugerencia. Tomo prestadas las palabras de Flaubert en su carta privada a Maupassant:

Este relato permanecerá, ¡tenedlo por seguro! ¡Qué hermosas estampas las de sus burgueses! Ni uno es fallido. ¡Cornudet es inmenso y auténtico! La religiosa con la cara picada de viruela, perfecta, y el conde «mi querida niña», ¡y el final! La pobre china que llora mientras que el otro canta «La Marseillesa», sublime. Tengo ganas de besarte durante un cuarto de hora. ¡Qué digo! ¡De verdad que estoy contento! Me he divertido y estoy admirado.

Entrego con pudor esta nueva versión de *Bola de Sebo*, de Maupassant. Es una de las mejores novelas breves que he leído nunca. La traduje hace unos pocos años, por el puro placer de saborearla a fondo, y ahora la he revisado con toda la calma y el mimo de que he sido capaz. Traducir una obra que admiras te invita a recrearla aún con más viveza en la imaginación. Poco más puedo añadir, sólo esperar que el lector la disfrute tanto como yo.

El ejército francés ha abandonado Ruan, que recibe al ejército invasor. Los campos de Normandía están nevados...

José Marzo, en Ischadia,  
agosto de 2024

# *Bola de Sebo*

por Guy de Maupassant





A lo largo de muchos días, jirones del ejército derrotado habían atravesado la ciudad. Ya no eran tropas, sino hordas en desbandada. Los hombres tenían la barba larga y sucia, los uniformes hechos harapos, y avanzaban con aspecto desgarrado, sin bandera ni regimiento. Todos parecían fatigados, rendidos, incapaces de un pensamiento o una decisión, caminando sólo por rutina, y caían exhaustos en cuanto se detenían. Se veían sobre todo civiles movilizados, gente pacífica, propietarios tranquilos, vencidos bajo el peso del fusil; guardias bisoños, asustadizos y prontos al entusiasmo, tan dispuestos al ataque como a la huida; entre ellos, algunos veteranos de pantalón rojo, desechos de una división aplastada en una gran batalla; artilleros sombríos alineados con la infantería; y, a veces, el casco brillante de un dragón

de paso lento que seguía a duras penas la marcha más ligera de los soldados.

Legiones de francotiradores con apelativos heroicos —«los Vengadores de la Derrota», «los Ciudadanos de la Tumba», «los Compañeros de la Muerte»— también pasaban a su vez, con aire de bandidos.

Sus jefes, antiguos comerciantes de paños o de grano, exvendedores de sebo o de jabón, guerreros ocasionales, nombrados oficiales por su dinero o por la longitud de sus mostachos, cargados de armas, de insignias y de galones, hablaban con voz resonante, discutían planes de campaña, y pretendían sostener ellos solos a la moribunda Francia sobre sus hombros de fanfarrones; pero a veces temían a sus propios soldados, gentes de saco y de cuerda, a menudo valientes hasta la temeridad, ladrones y juerguistas.

Los prusianos iban a entrar en Ruan, se decía.

Los miembros de la Guardia Nacional, que los dos meses anteriores hacían reconocimientos preventivos por los bosques de los alrededores, fusilando a veces a sus propios centinelas y preparándose para entrar en combate cuando un conejito se removía bajo la maleza, habían regresado a sus hogares. Sus armas, sus uniformes, todos

sus pertrechos homicidas, con los que poco antes causaban espanto en los mojones de las carreteras nacionales en tres leguas a la redonda, de pronto habían desaparecido.

Los últimos sodados franceses finalmente habían cruzado el Sena y se dirigían a Pont-Audemer por Saint-Sever y Bourg-Achard; y, caminando detrás de todos, el general, desesperado, incapaz de acometer nada con estos desechos dispersos, él mismo perdido en la ruina de un pueblo acostumbrado a la victoria y desastrosamente vencido a pesar de su bravura legendaria, se alejaba a pie, entre dos ayudantes de campo.

Luego una calma profunda y una espera atemorizada y silenciosa se habían cernido sobre la villa. Muchos burgueses barrigones, emasculados por el comercio, esperaban ansiosamente a los vencedores, temblando por que pudieran considerarse armas sus espetones de asar o sus enormes cuchillos de cocina.

La vida parecía detenida; las tiendas estaban cerradas, la calle muda. De vez en cuando un vecino, intimidado por este silencio, pasaba a toda prisa pegado a los muros.

La angustia de la espera hacía desear la llegada del enemigo.

La tarde de la jornada que siguió a la partida de las tropas francesas, algunos ulanos, salidos de no se sabía dónde, atravesaron la ciudad rápidamente. Después, un poco más tarde, una masa negra descendió de la cima de Sainte-Catherine, mientras que otras dos mareas invasoras aparecieron por las carreteras de Darnetal y de Bois-Guillaume. Las vanguardias de los tres cuerpos, al mismo tiempo, coincidieron en la plaza del Ayuntamiento; y por todas las carreteras cercanas llegaba el ejército alemán, desplegando sus batallones, que hacían resonar los adoquines con su paso duro y rítmico.

Órdenes gritadas con voz extraña y gutural alcanzaban las casas, que parecían muertas y desiertas, mientras que, tras los postigos cerrados, los ojos acechaban a estos hombres victoriosos, señores de la villa, las fortunas y las vidas por el «derecho de guerra». Los habitantes, en sus habitaciones en penumbra, estaban poseídos por la locura de los cataclismos, las grandes conmociones homicidas de la tierra, contra las que ni la sabiduría ni resistencia alguna resultan útiles. Pues la misma sensación reaparece cada vez que el orden establecido de las cosas se trastoca, cuando la seguridad ya no existe y todo lo protegido por las leyes de los hombres o las de la naturaleza se

encuentra a merced de una brutalidad inconsciente y feroz. El terremoto que aplasta a un pueblo entero bajo las casas que se derrumban; el río desbordado que arrastra a los campesinos ahogados junto con los cadáveres de los bueyes y las vigas arrancadas de los tejados; o el ejército glorioso que masacra a los que se defienden, haciendo prisioneros al resto, robando en nombre del Sable y dando las gracias a un Dios a cañonazos, son otras tantas plagas pavorosas que nos disuaden de la creencia en la justicia eterna, de la confianza que se nos inculca en la protección del Cielo y en la razón del hombre.

Pequeños destacamentos golpeaban en cada puerta y luego desaparecían en el interior de las casas. Era la ocupación tras la invasión. Había llegado la hora de que los vencidos se mostraran amables con los vencedores.

Al cabo de algún tiempo, cuando hubo desaparecido el terror del principio, una calma nueva se extendió. En muchas familias, el oficial prusiano compartía la mesa. A veces era una persona bien educada y, por urbanidad, se compadecía de Francia, expresaba su repugnancia por tener que tomar parte en esta guerra. Se le agradecía este sentimiento; además, era posible que, antes o después, se necesitara su protección. Quizás, tratán-

dolo bien, habría que alimentar a menos hombres. ¿Y por qué habría de ofenderse a alguien del que, de hecho, se depende? Actuar así obedecería menos a la valentía que a la temeridad —y, por otra parte, la temeridad ya no era un defecto de los burgueses de Ruan, como en los tiempos de las defensas heroicas que hicieron célebre a su villa—. Se decía, en fin, argumento último extraído de la urbanidad francesa, que seguía estando permitido ser educado de puertas adentro mientras en público no se mostrase demasiada familiaridad con el soldado extranjero. Fuera no se saludaban, pero dentro de casa se charlaba de buena gana, y cada tarde el alemán se quedaba más tiempo al calor del hogar compartido.

La propia ciudad recuperaba poco a poco su aspecto habitual. Los franceses apenas si salían todavía, pero los soldados prusianos pululaban por las calles. Por lo demás, los oficiales de los húsares azules, que remolcaban por la calzada con arrogancia sus grandes instrumentos de muerte, no parecían sentir por los simples ciudadanos mucho más desprecio que los oficiales cazadores que, el año anterior, bebían en los mismos cafés.

Pero había algo en el aire, algo sutil y desconocido, una intolerable atmósfera extranjera, como un olor que se esparce, el olor de la invasión.

Llenaba las estancias privadas y las plazas públicas, cambiaba el sabor de los alimentos, daba la impresión de proceder de muy lejos, de las tribus bárbaras y peligrosas.

Los vencedores exigían dinero, mucho dinero. Los habitantes siempre pagaban; no olvidemos que eran ricos. Pero cuanto más rico se vuelve un negociante normando, más sufre si ve pasar una pequeña parte de su fortuna a las manos de otro.

Sin embargo, a dos o tres leguas de la ciudad, río abajo, hacia Croisset, Dieppedalle o Biessart, los barqueros y los pescadores a menudo recogían del fondo el cadáver de algún alemán hinchado en su uniforme, matado de una cuchillada o de un puñetazo, la cabeza aplastada por una piedra, o arrojado al agua de un empujón desde un puente. El cieno del río sepultaba estas venganzas oscuras, salvajes y legítimas, heroísmos anónimos, ataques mudos, más peligrosos que las batallas a la luz del día y sin la resonancia de la gloria.

Porque el odio al Extranjero siempre da armas a algunos Intrépidos dispuestos a morir por una Idea.

En fin, dado que los invasores, aunque habían sometido la ciudad a su inflexible disciplina, no habían realizado ninguna de esas acciones horribles que la reputación les atribuía, el ánimo

se recuperó, y las necesidades del negocio volvieron a abrirse paso en el corazón de los comerciantes de la región. Algunos tenían grandes intereses comprometidos en El Havre, ocupado por el ejército francés, y quisieron intentar alcanzar este puerto viajando por tierra hasta Dieppe, donde se embarcarían.

Hicieron uso de la influencia de los oficiales alemanes a los que habían conocido, y obtuvieron una autorización de partida del general en jefe.

Así pues, tras escoger para este viaje una gran diligencia de cuatro caballos e inscribir en el registro del cochero a diez personas, se resolvió partir un martes por la mañana, antes de que despuntara el día, para evitar las aglomeraciones.

Desde hacía algún tiempo la helada había endurecido la tierra, y el lunes, hacia las tres de la tarde, grandes nubarrones del norte trajeron nieve, que cayó sin interrupción durante el resto de la jornada y toda la noche.

A las cuatro y media de la madrugada, los viajeros se reunieron en el patio del Hotel de Normandía, donde debían tomar el carruaje.

Aún estaban somnolientos, y sentían escalofríos envueltos en sus mantos. Se veía mal en la oscuridad; y la acumulación de las pesadas vestimentas de invierno daba a estos cuerpos el as-

pecto de curas obesos con sus largas sotanas. Dos hombres se reconocieron, un tercero se acercó, y charlaron: «Llevo conmigo a mi mujer», dijo uno. «Yo hago lo mismo». «Y yo también». El primero añadió: «No volveremos a Ruan, y si los prusianos se aproximan a El Havre, iremos a Inglaterra». De talante similar, compartían los mismos proyectos.

Aún no se habían enganchado los caballos al carroaje. Un farol, en manos de un mozo de cuadra, salía cada tanto de una puerta oscura para desaparecer de inmediato por otra. Las pezuñas de los caballos golpeaban la tierra, amortiguadas por el estiércol de la pajaza, y por el fondo del edificio se extendía la voz de un hombre que hablaba a las bestias. Un ligero cascabeleo avisó de que se agitaban los arneses; pronto se convirtió en un tintineo claro y continuo, acompañado con el movimiento del animal, deteniéndose a veces, poniéndose de nuevo en marcha con una sacudida que acompañaba al sonido sordo de un casco herrado al golpear el suelo.

La puerta se cerró de pronto. Cesó el ruido. Los burgueses, helados, se habían callado; permanecieron inmóviles y tiesos.

Una cortina de copos blancos espejeaba sin cesar mientras caía hacia la tierra; desdibujaba las

formas, espolvoreaba las cosas con una espuma de hielo; y en el gran silencio de la ciudad en calma y sepultada por el invierno no se oía nada más que el susurro, innombrable y flotante, de la nieve que cae, más una sensación que un ruido, amalgama de átomos ligeros que parecen llenar la atmósfera, cubrir el mundo.

El hombre del farol reapareció, tirando, por el cabo de una cuerda, de un caballo triste que lo seguía con desgana. Lo colocó en el pértigo, ató los tiros y tardó mucho tiempo en asegurar el arnés, porque sólo disponía de una mano, al sostener con la otra el farol. Según se dirigía a buscar al segundo animal, reparó en todos estos viajeros inmóviles, ya blancos de nieve, y les dijo: «¿Por qué no suben al carro? Al menos estarán al abrigo».

Aún no se les había ocurrido, sin duda, y se precipitaron al vehículo. Los tres hombres instalaron a sus mujeres al fondo y a continuación subieron ellos; después, las otras formas indecisas y envueltas en mantos ocuparon a su vez las últimas plazas, sin intercambiar una palabra.

El suelo estaba cubierto de paja y los pies se hundieron en ella. Las damas del fondo, que traían consigo unas estufillas de cobre de carbón industrial, encendieron estos aparatos, y, durante un rato, en voz baja, enumeraron las ventajas,

repitiéndose cosas que ya conocían desde hacía mucho.

Por fin, ya enganchada la diligencia, con seis caballos en lugar de cuatro a causa de la pesada carga, una voz preguntó desde fuera: «¿Todo el mundo ha subido?» Otra voz respondió desde dentro: «Sí». Y partieron.

La diligencia avanzaba lentamente, lentamente, con paso corto. Las ruedas se hundían en la nieve; la cabina entera se quejaba con crujidos sordos; las bestias resbalaban, resoplaban, expulsaban vaharadas; y el látigo enorme del cochero restallaba sin descanso, cimbreándose desde todas partes, anudándose y desenrollándose como una serpiente delgada, y mordiendo alguna grupa rolliza, que se tensaba entonces en un esfuerzo más violento.

De modo imperceptible amanecía. Los copos ligeros que un viajero, ruanés de pura cepa, había comparado con una lluvia de algodón, ya no caían. Un resplandor sucio se filtraba entre los nubarrones oscuros y pesados y hacía más deslumbrante la blancura del campo, donde tan pronto aparecía una hilera de altos árboles vestidos de escarcha como una choza con un capuchón de nieve.

En el carroaje, se miraban con curiosidad a la triste claridad de esta aurora.

Al fondo, en las mejores plazas, dormitaban, el uno enfrente del otro, monsieur y madame Loiseau, comerciantes de vino mayoristas de la calle Grand-Pont.

Antiguo dependiente de un patrón que se arruinó haciendo negocios, Loiseau había comprado las propiedades y hecho fortuna. Vendía muy barato vino muy malo a los pequeños tenderos rurales y pasaba entre sus conocidos y amigos por un bribón astuto, un verdadero normando pródigo en trickeyuelas y en jovialidad.

Tenía una tan sólida reputación de timador, que una tarde, en la prefectura, monsieur Tournel, autor de fábulas y canciones, de ingenio cáustico y, en fin, una gloria local, propuso a las damas, que él encontró algo aburridas, una partida de naipes, al juego llamado «*L'oiseau vole*», que en francés hablado tanto significa «el pájaro vuela» como «Loiseau roba», y la ocurrencia voló por los salones del prefecto, y luego, alcanzando los de la ciudad, hizo que todas las mandíbulas de la provincia batieran durante un mes.

Loiseau, por otra parte, era popular por sus chistes de todo tipo, sus bromas, pesadas o no; y nadie podía hablar de él sin añadir enseguida: «Es único, este Loiseau».

Corto de talla, exhibía una barriga de globo y una cara coloradota flanqueada por dos patillas entrecanas.

Su mujer, alta, fuerte, resuelta, con una voz sonora y de carácter decidido, era el orden y la aritmética del establecimiento comercial, que él se encargaba de animar con su alegría.

A su lado estaba, más digno, en cuanto miembro de una casta superior, monsieur Carré-Lamadon, hombre respetable, con intereses en el algodón, propietario de tres hilanderías, oficial de la Legión de Honor y miembro del Consejo General. Durante todo el periodo del Imperio, había sido jefe de la condescendiente oposición, tan sólo para vender más cara su adhesión a la causa, por la que combatía con las «armas de la cortesía», según sus propias palabras. Madame Carré-Lamadon, mucho más joven que su marido, seguía siendo el consuelo de los oficiales de buena familia enviados a la guarnición de Ruan.

Estaba justo enfrente de su esposo, tan pequeña, tan mona, tan bonita, acurrucada en su abrigo, y miraba con aflicción el interior lamentable del carroaje.

A su lado, el conde y la condesa Hubert de Bréville habían heredado uno de los apellidos más antiguos y más nobles de Normandía. El conde,

viejo gentilhombre de gran porte, se esforzaba por acentuar, por los artificios de su aseo, su parecido natural con el rey Enrique IV, que según una leyenda, gloriosa para la familia, había dejado embarazada a una dama de Bréville cuyo marido, a resultas de ello, se había convertido en conde y gobernador de provincia.

Colega del monsieur Carré-Lamadon en el Consejo General, el conde Hubert representaba al partido orleanista en el departamento. La historia de su matrimonio con la hija de un pequeño armador de Nantes seguía siendo un misterio. Pero como la condesa tenía mucho estilo, era mejor anfitriona que nadie, pasaba incluso por haber despertado el amor de uno de los hijos del rey Louis-Philippe, toda la nobleza la festejaba, y su salón seguía siendo el primero de la región, el único en el que se conservaba la vieja galantería, y en el que la admisión resultaba difícil.

La fortuna de los Bréville, invertida en bienes-raíces, proporcionaba, se decía, una renta de quinientas mil libras.

Estas seis personas ocupaban el fondo del carroaje, el lado de la sociedad acaudalada, serena y fuerte, honestas personas próximas a la autoridad, con Religión y Principios.

Por una extraña casualidad, todas las mujeres se hallaban en el mismo banco; y la condesa aún tenía por vecinas de asiento a dos monjas, que desgranaban largos rosarios murmurando unos *Pater* y unos *Ave*. Una era vieja, con la tez picada de viruela como si hubiera recibido a bocajarro una andanada de metralla en pleno rostro. La otra, enclenque, tenía una cara bonita y enfermiza y un pecho de tísica minado por esta fe insaciable de los mártires y los iluminados.

Frente a las dos religiosas, un hombre y una mujer atraían todas las miradas.

El hombre, muy conocido, era Cornudet el demócrata, el terror de las gentes respetables. Desde hacía veinte años, mojaba su larga barba roja en las cartas de menú de todos los cafés democráticos. Se había comido con los hermanos y los amigos una magnífica fortuna heredada de su padre, antiguo confitero, y aguardaba con impaciencia la República para obtener por fin la plaza ganada con tantas consumiciones revolucionarias. Tras la proclamación de la Tercera República el 4 de septiembre, creyó haber sido nombrado prefecto, a causa posiblemente de una broma, pero cuando quiso ocupar el cargo, los ordenanzas, convertidos en dueños del lugar, se negaron a reconocerle, lo que le obligó a retirarse. Por lo de-

más muy buen mozo, inofensivo y servicial, se encargó con ardor incomparable de organizar la defensa. Había hecho cavar hoyos en las llanuras, cortar todos los árboles jóvenes de los bosques de alrededor, sembrar de trampas todas las carreteras, y, al aproximarse el enemigo, satisfecho de sus preparativos, se replegó con prontitud hacia la ciudad.

Ahora pensaba resultar aún más útil en El Havelre, donde se iban a necesitar nuevos parapetos.

La mujer, de las llamadas galantes, era popular por su gordura precoz, que le había valido el sobrenombre de Bola de Sebo. Pequeña, de formas redondeadas, regordeta, con dedos rollizos, estrangulados en las falanges, parecidos a sartas de cortas salchichas; con una piel reluciente y tersa, un cuello enorme que le abultaba bajo el vestido, aún así era apetecible y solicitada, tanto gusto daba ver su frescura. Su cara era una manzana roja, un capullo de amapola a punto de florecer; y allí dentro se abrían, en lo alto, dos magníficos ojos negros, al abrigo de largas cejas espesas que daban un toque de sombra; abajo, una boca encantadora, íntima, de besos húmedos, dotada de unos dientecillos brillantes y microscópicos.

Además, se decía, rebosaba cualidades inapreciables.

En cuanto la reconocieron, los cuchicheos corrieron entre las mujeres honestas, y los apelativos de «prostituta» y «vergüenza pública» fueron murmurados tan alto que le hicieron levantar la cabeza. Entonces dirigió a sus compañeros de viaje una mirada tan provocativa y osada que de inmediato se impuso el silencio, y todos bajaron los ojos, a excepción de Loiseau, que la observaba con cierta excitación.

Pero enseguida retomaron la conversación las tres damas, que la presencia de esta muchacha había convertido al instante en amigas, casi en íntimas. Debían formar, les parecía, algo así como un frente común con su dignidad de esposas contra esta vendida desvergonzada; pues el amor legal siempre se muestra altanero ante su libre colega.

También los tres hombres, unidos por un instinto de conservadores a la vista de Cornudet, hablaban de dinero con cierto desdén hacia los pobres. El conde Hubert mencionaba los gastos que le habían ocasionado los prusianos, las pérdidas por las reses robadas y las cosechas malogradas, con una seguridad de gran señor diez veces millonario al que tales estragos le causarían molestias apenas un año. Monsieur Carré-Lamadon, muy ducho en la industria del algodón, había tenido la precaución de enviar seiscientos mil francos a

Inglaterra, un balón de oxígeno que siempre se reservaba. En cuanto a Loiseau, se las había arreglado para vender a la Intendencia francesa todo el vino peleón que le quedaba en la bodega, de modo que el Estado le debía una suma formidable que esperaba cobrar en El Havre.

Y los tres se lanzaban miradas rápidas y amistosas. Aunque de diferente condición, se sentían hermanos del dinero, de la gran francmasonería de los propietarios, que hacen sonar el oro al meterse la mano en el bolsillo del pantalón.

El carruaje avanzaba tan despacio que a las diez de la mañana sólo habían recorrido cuatro leguas. Los hombres se apoyaron tres veces para subir las cuestas a pie. Comenzaban a inquietarse, porque debían almorzar en Tôtes y ya desesperaban de llegar allí antes de la noche. Todos escrutaban la carretera para divisar una taberna, cuando la diligencia se hundió en un montón de nieve y fueron necesarias dos horas para sacarla.

El apetito iba en aumento, nublaba las mentes; y ninguna tasca, ningún bodeguero aparecía, pues la proximidad de los prusianos y el paso de las hambrientas tropas francesas habían espantado toda actividad.

Los caballeros se precipitaron en busca de provisiones a las granjas del camino, pero ni si-

quiera encontraron pan, pues los campesinos, recelosos, escondían sus reservas por temor a ser saqueados por los soldados, que, sin nada que llevarse a la boca, tomaban por la fuerza cuanto descubrían.

Hacia la una de la tarde, Loiseau anunció que, decididamente, sentía un agujero en el estómago. Todo el mundo sentía lo mismo que él desde hacía tiempo; y la imperiosa necesidad de comer, siempre en aumento, había matado las conversaciones.

De vez en cuando, alguien bostezaba; otro casi de inmediato lo imitaba; todos los demás, por orden, según su carácter, su educación y su posición social, abrían la boca con estrépito o con discreción, y rápidamente se llevaban la mano a la abertura por la que exhalaban vaho.

Bola de Sebo, varias veces, se inclinó como si buscase algo bajo sus faldas. Dudaba un segundo, miraba a los demás, luego se incorporaba tranquilamente. Las caras estaban pálidas y crispadas. Loiseau afirmó que pagaría mil francos por un codillo. Su mujer hizo ademán de protestar; luego se calmó. Siempre sufría al oír hablar de dinero malgastado, y ni siquiera entendía que se bromeara con ello. «El hecho es que no me encuentro bien —dijo el conde—, ¿cómo no se me ha ocurrido traer provisiones?» Todos se reprochaban lo mismo.

Sin embargo, Cornudet llevaba una cantimplora con ron; se la ofreció; la rehusaron con frialdad. Tan sólo Loiseau aceptó un sorbo, y, cuando le devolvió la cantimplora, le dio las gracias: «Viene bien de todos modos, te calienta, y engaña al hambre». El alcohol le puso de buen humor y propuso hacer lo que en la barquita de la canción popular: comerse al más gordo de los viajeros. Esta indirecta a Bola de Sebo resultó chocante para las personas bien educadas. No respondieron; sólo Cornudet esbozó una sonrisa. Las dos monjas habían dejado de mascullar su rosario, y, con las manos metidas en sus amplias mangas, se mantenían inmóviles, con la mirada obstinadamente baja, ofrendando sin duda al Cielo el sufrimiento que les enviaba.

Por fin, a las tres, cuando se encontraban en medio de una llanura interminable, sin una sola aldea a la vista, Bola de Sebo, inclinándose con decisión, retiró debajo de la banqueta un gran cesto cubierto con una servilleta blanca.

Primero extrajo de ella un platito de loza, un fino cubilete de plata, luego una amplia cazuela con dos pollos troceados en confitura, bajo su capa de gelatina; y aún se apreciaban en el cesto otros buenos bocados envueltos, paté, fruta, dulces, las provisiones propias de un viaje de tres jornadas,

para no tener que servirse de la cocina de las hospederías. Los tapones de cuatro botellas asomaban entre los paquetes de alimentos. Tomó un ala de pollo y, delicadamente, comenzó a comérsela con uno de esos panecillos que en Normandía llaman «Regencia».

Todas las miradas se habían vuelto hacia ella. Luego el olor se extendió, abriendo las narices, atrayendo hacia las bocas una saliva abundante, con una contracción dolorosa de la mandíbula bajo las orejas. El desprecio de las damas por esta muchacha se hizo feroz, una especie de deseos de matarla o de echarla en marcha del carroaje, sobre la nieve, a ella, su cubilete, su cesto y sus provisiones.

Pero Loiseau devoraba con los ojos la cazuela con pollo. Dijo:

—Por fortuna, madame ha sido más precavida que nosotros. Hay personas que siempre piensan en todo.

Ella levantó la cabeza hacia él:

—Si gusta, monsieur... Es duro estar en ayunas desde la mañana.

El declaró:

—Ya lo creo. Con franqueza, no lo rechazo, ya no puedo más. Así en la paz como en la guerra, ¿no cree, madame? —Y, lanzando una mirada en círculo, añadió—: En momentos como éste, es

un placer encontrarse con personas a las que estar agradecido.

Tenía un periódico, que desdobló para evitar mancharse los pantalones, y con la punta del cuchillo que siempre guardaba en su bolsillo, levantó un muslo bañado en gelatina, lo mordió, y luego lo masticó con una satisfacción tan evidente que se oyó en el carroaje un gran suspiro de angustia.

Bola de Sebo, con voz humilde y dulce, propuso a las monjas compartir su tentempié. Las dos aceptaron al instante, y, sin levantar la mirada, se pusieron a comer muy rápido tras balbucear las gracias. Cornudet tampoco rechazó el ofrecimiento de la compañera de viaje, y junto con las religiosas formó una especie de mesa extendiendo periódicos sobre las rodillas.

Las bocas se abrían y se cerraban sin cesar, devoraban, masticaban, engullían con avidez. Loiseau, en su rincón, trabajaba duro y, en voz baja, animaba a su mujer a imitarlo. Ella se resistió un buen rato; luego, tras un estremecimiento que le recorrió las entrañas, cedió. Entonces su marido, redondeando la frase, preguntó a su «encantadora compañía» si le permitía ofrecer un pedacito a madame Loiseau. Ella respondió: «Desde luego, por supuesto, monsieur», con una sonrisa amable, y le tendió la cazuela.

Se produjo una situación embarazosa cuando se hubo descorchado la primera botella de burdeos: no había más que un cubilete. Se lo fueron pasando tras enjugarlo. Sólo Cornudet, sin duda por galantería, puso sus labios en el borde aún húmedo por los labios de Bola de Sebo.

Entonces, rodeados de personas que comen, sofocados por los efluvios de los alimentos, el conde y la condesa de Bréville, así como monsieur y madame Carré-Lamadon sufrieron ese suplicio odioso que guarda la memoria de Tántalo. De pronto la joven esposa del industrial lanzó un suspiro que hizo volverse las miradas; estaba tan blanca como la nieve de fuera; sus párpados se cerraron, su frente se inclinó: había perdido el conocimiento. Su marido, asustado, reclamó la ayuda de todos. Del primero al último se mostraron desconcertados, cuando la mayor de las monjas, sosteniendo la cabeza de la enferma, deslizó entre sus labios el cubilete de Bola de Sebo y le hizo tragar algunas gotas de vino. La bonita dama se movió, abrió los ojos, sonrió y declaró con voz lánguida que ahora ya se sentía mejor. Pero, a fin de que no volviera a ocurrir, la religiosa la instó a beber un vaso entero de burdeos, añadiendo: «Es el hambre, nada más que eso».

Entonces Bola de Sebo, enrojecida y apurada, balbuceó mirando a los cuatro viajeros que aún estaban en ayunas:

—Dios mío, es una osadía ofrecer a estos caballeros y a estas damas...

Se calló, temiendo una ofensa. Loiseau tomó la palabra:

—Vaya, claro que sí, en tales casos todo el mundo es hermano y debe ayudarse. Vamos, distinguidas damas, sin ceremonias, acepten, ¡qué diablos! Quién sabe si encontraremos siquiera una casa donde pasar la noche. Al ritmo que llevamos, no llegaremos a Tôtes hasta mañana a mediodía.

Dudaron, pues nadie osaba asumir la responsabilidad de un «Sí».

Pero el conde resolvió la cuestión. Se giró hacia la gorda muchacha intimidada y, adoptando sus aires de gentilhombre, le dijo:

—Nosotros aceptamos con reconocimiento, madame.

El primer paso era el difícil. Una vez pasado el Rubicón, se abandonaron a la tarea. El cesto fue vaciado. Aún contenía un paté de fuagrás, un paté de alondra, un pedazo de lengua ahumada, peras de Crassane, un queso de Pont-l'Évêque, unas pastas y una taza con pepinillos y cebolletas:

Bola de Sebo, como todas las mujeres, adoraba los encurtidos.

No podían comer las provisiones de esta muchacha y no dirigirle la palabra. Así que charlaron, primero con reserva, y luego, como Bola de Sebo parecía saber guardar las distancias, con mayor soltura. Monsieur de Bréville y monsieur Carré-Lamadon, que tenían mucho mundo, se hicieron simpáticos con delicadeza. La condesa sobre todo mostró esa condescendencia amable de las damas muy nobles a las que ningún contacto ensucia, y resultó encantadora. Pero la fuerte madame Loiseau, que tenía alma de gendarme, se mantuvo arisca, hablando poco y comiendo mucho.

Conversaron sobre la guerra, naturalmente. Contaron actos horribles de los prusianos, destellos de arrojo de los franceses; y todas estas personas que huían celebraron la valentía de otros. Pronto llegó el turno de las historias personales, y Bola de Sebo contó, con viva emoción, con esa voz encendida que a veces sacan las muchachas para expresar sus arrebatos de carácter, cómo había dejado Ruan:

—Primero pensé que podría quedarme —dijo—. Tenía mi casa llena de provisiones, y prefería alimentar a algunos soldados que expatriarme quién sabe dónde. ¡Pero cuando los vi, a

estos prusianos, fue más fuerte que yo! Me hicieron hervir la sangre; y lloré de vergüenza todo el día. ¡Oh, si yo fuera un hombre, vamos! Los miraba desde la ventana, esos gordos cerdos con su casco en punta, y mi criada me sujetaba las manos para impedirme que les arrojara los muebles a la espalda. Luego vinieron algunos a alojarse en mi casa; entonces al primero le salté al cuello. ¡No son más difíciles de estrangular que cualquier otro hombre! Y lo habría hecho, con aquél, si no me hubieran tirado de los pelos. Después de eso tuve que esconderme. En fin, cuando se presentó la ocasión, me marché, y aquí estoy.

La felicitaron calurosamente. Ella creció en la estima de sus compañeros, que no se habían mostrado tan valientes; y Cornudet, al escucharla, insinuó una sonrisa aprobadora y benévolamente apóstol; como un sacerdote cuando oye a un devoto alabar a Dios, pues los demócratas de barba larga tienen el monopolio del patriotismo igual que los hombres de sotana tienen el de la religión. Habló a su vez con un tono doctrinario, con el acento aprendido en las proclamas pegadas a diario en los muros, y concluyó con una parrafada de elocuencia, con la que despellejó magistralmente a ese «crápula de Badinguet», es decir, a Napoleón III.

Pero Bola de Sebo de repente se enfadó, porque era bonapartista. Se puso más roja que una cereza, y dijo, tartamudeando de indignación: «Me hubiera gustado verlos en su lugar, a ustedes. ¡Eso habría sido lo apropiado, ya lo creo! ¡Son ustedes los que han traicionado a este hombre! ¡No habría más solución que abandonar Francia si estuviéramos gobernados por truhanes como ustedes!» Cornudet, impasible, esbozaba una sonrisa desdeñosa y de superioridad, pero sentía que los insultos subían de tono cuando el conde se interpuso y, no sin esfuerzo, calmó a la muchacha exasperada, proclamando con autoridad que todas las opiniones sinceras eran respetables. Sin embargo, la condesa y la industrial, que albergaban el odio irracional de las gentes de bien contra la República, y esa ternura instintiva que alimentan todas las mujeres hacia los gobernantes empenachados y déspotas, se sentían, a su pesar, atraídas por esta prostituta tan digna, cuyos sentimientos tanto se parecían a los suyos.

El cesto estaba vacío. Entre diez lo habían acabado sin esfuerzo, lamentando que no fuera más grande. La conversación se prolongó un rato, algo enfriada desde que terminaron de comer.

La noche caía, la oscuridad se hizo más y más profunda; y el frío, más acusado en las digestiones, le daba escalofríos a Bola de Sebo, pese a

su gordura. Entonces madame de Bréville le ofreció su estuilla, cuyo carbón, desde la mañana, había sido repuesto varias veces, y la otra aceptó de inmediato, pues tenía los pies helados. Madame Carré-Lamadon y madame Loiseau dieron las suyas a las religiosas.

El cochero había encendido los faroles. Alumbraron con viveza la nube de vapor suspendida sobre la grupa sudorosa de los caballos de tronco, y, a ambos lados de la carretera, la nieve, que parecía desplegarse bajo el reflejo móvil de las luces.

Ya no se distinguía nada dentro del carroaje; pero de pronto hubo un movimiento entre Bola de Sebo y Cornudet; y Loiseau, que escrutaba las sombras con la mirada, creyó ver que el hombre de la larga barba se apartaba con presteza, como si hubiera recibido un buen golpe dado en silencio.

Unas lucecitas aparecieron por delante, sobre la carretera. Era Tôtes. Habían viajado once horas, que con las dos horas de descanso en cuatro veces, para que los caballos comieran avena y recuperaran el aliento, sumaban catorce... Entraron en el pueblo y se detuvieron delante del Hotel del Comercio.

¡La portezuela se abrió! Un ruido familiar hizo estremecerse a todos los viajeros; eran los

golpes de la vaina de un sable contra el suelo. En seguida la voz de un alemán gritó algo.

Por más que la diligencia estuviera detenida, nadie descendió, como si esperaran ser masacrados al salir. Entonces el conductor apareció sosteniendo en la mano uno de sus faroles, que iluminó súbitamente hasta el fondo del carruaje las dos filas de caras pasmadas, con las bocas abiertas y los ojos desorbitados por la sorpresa y el miedo.

Junto al cochero se hallaba, a plena luz, un oficial alemán, un alto joven demasiado delgado y rubio, apretado en su uniforme como una muchacha en su corsé, y sosteniendo a un lado su casco chato y encerado, que le daba un aspecto de botones de un hotel inglés. Su bigote desmesurado, de largos pelos tiesos, que se afinaba indefinidamente en cada extremo y terminaba en un único hilo rubio, tan delgado que no se avistaba el fin, parecía pesar en las comisuras, y, tirando de las mejillas, imprimía en los labios un pliegue caído.

En francés de Alsacia invitó a los viajeros a salir, diciendo con tono inflexible: «*¿Desssean desssendarrr, damasss y caballerros?*»

Las primeras en obedecer fueron las monjas, con una docilidad de santas hijas acostumbradas a

la sumisión. El conde y la condesa aparecieron a continuación, seguidos del industrial y su esposa, luego de Loiseau, que empujaba delante de él a su media naranja. Éste, al poner pie en tierra, dijo al oficial: «Buenos días, monsieur», más por prudencia que por urbanidad. El otro, insolente como las personas todopoderosas, le miró sin responder.

Bola de Sebo y Cornudet, aunque se hallaban junto a la portezuela, descendieron los últimos, graves y altivos ante el enemigo. La gorda muchacha intentaba dominarse y mantener la calma; el demócrata se atusaba con mano trágica y algo temblorosa la larga barba roja. Querían expresar dignidad, a sabiendas de que en estos encuentros cada uno representa un poco a su país. Y sintiéndose ambos sublevados por la docilidad de sus compañeros, ella intentaba mostrarse más orgullosa que las mujeres honestas, mientras que él, considerando que debía dar ejemplo, proseguía en cada gesto con la misión de resistencia iniciada con el sabotaje de las carreteras.

Entraron en la vasta cocina de la hospedería, y el alemán, haciéndose presentar la autorización de partida firmada por el general en jefe, en la que se detallaban los nombres, la descripción y la profesión de cada viajero, examinó largo rato a toda

esta gente, comparando a las personas con las indicaciones escritas.

Luego dijo bruscamente: «Todo correcto», y desapareció.

Entonces respiraron aliviados. Aún tenían hambre; se pidió la cena. Fue necesaria media hora para disponerla; y mientras que dos sirvientes parecían ocuparse de prepararla, fueron a ver las habitaciones. Todas se hallaban en un gran pasillo, cerrado por una puerta con vidriera marcada con un número.

Por fin acudieron a sentarse a la mesa, cuando el propio hospedero apareció. Era un viejo tratante de caballos, un grueso hombre asmático, que siempre tenía ronquera y soltaba por la laringe silbidos y flemas. Su padre le había transmitido el apellido de Follenvie, «ganás locas», por el que siempre fue objeto de bromas.

Preguntó:

—¿Mademoiselle Élisabeth Rousset?

Bola de Sebo, sobresaltada, se volvió:

—Soy yo.

—Mademoiselle, el oficial prusiano quiere hablar con usted inmediatamente.

—¿Conmigo?

—Sí, si usted es mademoiselle Élisabeth Rousset.

Ella se turbó, pensó un segundo, luego declaró con decisión:

—Es posible, pero no acudiré.

Se produjo una conmoción a su alrededor; todos discutieron, preguntándose por el motivo de esta orden. El conde se acercó:

—Está usted equivocada, madame, pues su rechazo puede acarrear contratiempos considerables, no tan sólo para usted, sino incluso para todos sus compañeros. Nunca hay que resistirse a los más fuertes. Con seguridad, este paso no puede suponer ningún peligro; se trata sin duda de alguna formalidad olvidada.

Todo el mundo se sumó a él, le rogaron, la presionaron, la sermonearon, y acabaron por convencerla; pues todos temían las complicaciones que podrían derivarse de una cabezonada. Ella dijo por fin:

—¡Quede bien claro que lo hago por ustedes!

La condesa la tomó de la mano:

—Y se lo agradecemos.

Salió. La esperaron para sentarse a la mesa. Todos y cada uno se afligieron por no haber sido llamados en lugar de esta muchacha violenta e irascible, y pensaban en cómo dar coba en el caso de que a su vez los reclamaran.

Pero, al cabo de diez minutos, Bola de Sebo reapareció, jadeando, roja por el sofoco, exasperada. Balbuceó:

—¡Oh, el muy canalla! ¡El muy canalla!

Todos se afanaron por saber, pero ella no dijo nada; y como el conde insistía, ella respondió con una gran dignidad:

—No, esto no les concierne, no puedo hablar.

Entonces se sentaron en torno a una profunda sopera de la que emanaba un aroma de coles. Pese a este incidente, la cena fue animada. La sidra estaba buena, así que el matrimonio Loiseau y las monjas la tomaron, por ahorrar. Los demás pidieron vino; Cornudet reclamó cerveza. Tenía una manera peculiar de abrir la botella, de que el líquido hiciera espuma, de inspeccionarla inclinando el cristal, que levantaba acto seguido entre la lámpara y sus ojos para apreciar mejor el color. Cuando bebía, su gran barba, que poseía los matices de su amado brebaje, parecía estremecerse de ternura; sus ojos bizqueaban para no perder de vista la jarra de cerveza, y tenía el aspecto de cumplir con la función para la que había nacido. Se diría que él componía en su mente una proximidad y como una afinidad entre las dos grandes pasiones que ocupaban su vida entera: la Pale-Ale

y la Revolución; y seguramente no podía degustar la una sin soñar con la otra.

Monsieur y madame Follenvie cenaban al otro extremo de la mesa. El hombre, bufando como una locomotora de carbón averiada, tenía demasiado tiro en el pecho como para hablar mientras comía: pero la mujer nunca se callaba. Contó sus primeras impresiones desde la llegada de los prusianos, lo que hacían, lo que decían, detestándolos, primero, porque le costaban dinero, y, a continuación, porque ella tenía dos hijos en el ejército. Se dirigía sobre todo a la condesa, halagada por charlar con una dama de alto rango.

Luego bajó la voz para hablar de asuntos delicados, y su marido, de vez en cuando, la interrumpía: «Harías mejor en callarte, madame Follenvie». Pero ella no le hacía caso, y continuaba:

—Sí, madame, esas gentes no hacen más que comer patatas y cerdo, y luego cerdo y patatas. Y no crea que son limpios. ¡Oh, no! Lo llenan todo de porquería, si me permite la expresión. Y si usted los viera hacer instrucción durante horas y días enteros; allá están todos en el campo: un paso adelante, y un paso atrás, y un giro hacia aquí, y otro giro hacia allá. Si al menos cultivaran la tierra, ¡o si arreglaran las carreteras de su país!

Pero no, madame, ¡estos militares no son de provecho para nadie! ¡El pueblo los alimenta y ellos no aprenden más que a masacrar! Yo sólo soy una vieja mujer sin educación, es cierto, pero al verlos malgastando el carácter pateando de la mañana a la noche, me digo: Cuando hay personas que hacen tantos descubrimientos para ser útiles, ¿hace falta que otros se tomen tantas molestias para ser dañinos? En verdad, ¿no es una abominación matar personas, así sean prusianos, ingleses, polacos o franceses? Si uno se venga con alguien que os ha causado un perjuicio, está mal, puesto que se os condena, pero cuando se extermina a nuestros muchachos como a piezas de caza, con el fusil, entonces está bien, puesto que repartimos condecoraciones al que ha arruinado más vidas... No, mire usted, ¡nunca entenderé esto!

Cornudet elevó la voz:

—La guerra es una barbaridad cuando se ataca a un vecino pacífico; es un deber sagrado cuando defendemos la patria.

La vieja mujer bajó la cabeza:

—Sí, cuando nos defendemos es distinto; pero ¿no sería mejor matar a todos los reyes que provocan esto por su interés?

La mirada de Cornudet se encendió:

—¡Bravo, ciudadana! —dijo.

Monsieur Carré-Lamadon reflexionaba profundamente. Aunque fuera un incondicional de los ilustres capitanes, el sentido común de esta campesina le hacía soñar con la opulencia que aportarían a un país tantos brazos desocupados y en consecuencia echados a perder, tantas fuerzas que se mantenían improductivas, si se emplearan en grandes obras que tardarían siglos en concluirse.

Loiseau, dejando su sitio, fue a charlar en voz baja con el hospedero. El gordo hombre reía, tosía, escupía; su enorme vientre brincaba de alegría con las bromas de su contertulio, y le compró tres barricas de burdeos para la primavera, cuando los prusianos ya se habrían marchado.

Apenas si acabada la cena, como estaban rotos de cansancio, se acostaron.

Sin embargo, Loiseau, que había estado observando, hizo que su esposa se metiera en cama, y luego alternó en el ojo de la cerradura la oreja y la pupila, para intentar descifrar lo que él llamaba los «misterios del pasillo».

Al cabo de más o menos una hora, oyó un roce, se apresuró a mirar, y vio a Bola de Sebo, que parecía aún más rellena en una bata de cachemira azul, bordada con encajes blancos. Sostenía una palmatoria en la mano y se dirigía hacia el gran número al fondo del pasillo. Pero una puer-

ta, a un lado, se entreabrió, y, cuando ella regresó al cabo de algunos minutos, Cornudet, tan sólo en pantalón y tirantes, la siguió. Hablaron bajo, luego pararon. Bola de Sebo parecía defender la entrada de su habitación con energía. Loiseau, por desgracia, no entendía bien, pero, en fin, como alzaron un poco la voz, pudo cazar algunas palabras. Cornudet insistía con viveza. Decía:

—Veamos, pero mire que es usted tozuda, ¿qué importancia tiene?

Ella parecía indignada y respondió:

—No, querido, hay ocasiones en que estas cosas no se hacen; además, aquí, sería una vergüenza.

Él no acertaba a comprender, y preguntó por qué. Entonces ella se enfureció, alzando aún más la voz:

—¿Por qué? ¿No comprende usted por qué? ¿Cuando hay prusianos en la casa, en la habitación de al lado, quizás?

Él se calló. Este pudor patriótico de ramera que no se deja acariciar cuando el enemigo está cerca, debió de despertar en su pecho su dignidad olvidada, puesto que, apenas si la hubo besado, regresó a su habitación de puntillas.

Loiseau, excitado, se apartó de la cerradura, ejecutó un salto trenzado en la habitación, se puso

el madrás y levantó la sábana bajo la cual yacía el duro armazón de su compañera, a la que despertó con un beso, murmurando: «¿Me amas, cariño?»

Entonces la casa se sumió en el silencio. Pero en seguida, en alguna parte, desde un lugar indeterminado que tanto podía ser la bodega como el granero, se elevó un ronquido poderoso, monótono, regular, un ruido sordo y prolongado, con temblores de caldera a presión. Monsieur Follenvie dormía.

Como habían decidido partir el día siguiente a las ocho, todos se encontraron en la cocina; pero el carro, cuya baca tenía un techo de nieve, se hallaba solitario en medio del patio, sin caballos y sin conductor. Buscaron en vano a éste en las cuadras, entre el forraje y por los cobertizos. Entonces todos los hombres decidieron batir los alrededores y salieron. Se encontraron en la plaza, con la iglesia al fondo y, a ambos lados, unas casas bajas en la que se distinguían soldados prusianos. El primero que vieron mondaba patatas. El segundo, más lejos, limpiaba la peluquería. Otro, con barba hasta en los párpados, sostenía en brazos a un bebé que lloraba y lo acunaba sobre sus rodillas para intentar calmarlo; y las gordas campesinas cuyos hombres estaban en «el ejército en armas», indicaban por signos a sus vencedores obedientes

las tareas por hacer: cortar leña, echar caldo a la sopa, moler el café; uno de ellos incluso hacía la colada de su anfitriona, una abuela impedida.

El conde, asombrado, preguntó al sacristán que salía de la casa del cura. El viejo beato le respondió: «¡Oh! ¡No son malas personas!; ni siquiera se puede decir que sean prusianos. Son de más lejos; no sé bien de dónde; y todos han dejado mujer e hijos en su tierra; ¡esto de la guerra no les divierte, ya lo creo que no! Estoy seguro de que también allí lloran a los hombres; y esto acarreará grandes miserias tanto en un sitio como en otro. Aquí, de momento, no somos demasiado desgraciados, porque no hacen mal y trabajan como si estuvieran en sus casas. Vea usted, monsieur, la gente pobre tiene que ayudarse... Son los grandes los que hacen la guerra».

Cornudet, indignado por la entente cordial entre vencedores y vencidos, se retiró, prefiriendo recluirse en el hotel. Loiseau hizo una chanza: «Están repoblando el pueblo». Monsieur Carré-Lamadon puso el contrapunto serio: «Están reparándolo». Pero no encontraban al cochero. Finalmente lo descubrieron en el café de la localidad, compartiendo mesa fraternalmente con el ordenanza del oficial. El conde le interpeló:

—¿No os habíamos dado orden de enganchar los caballos para las ocho?

—¡Ah! Sí, pero después me han dado otra.

—¿Cuál?

—Que no enganche nada.

—¿Quién os ha dado esa orden?

—¿Quién si no! El comandante prusiano.

—¿Por qué?

—No sé nada. Vaya a preguntarle. Me han prohibido enganchar, así que no engancho. Eso es todo.

—¿Es él en persona quien os ha dicho eso?

—No, monsieur, ha sido el hospedero el que me ha dado la orden de su parte.

—¿Cuándo?

—Ayer por la noche, cuando iba a acostarme.

Los tres hombres regresaron muy preocupados.

Preguntaron a monsieur Follenvie, pero la criada respondió que el monsieur, a causa de su asma, no se levantaba nunca antes de las diez. Incluso le había prohibido expresamente despertarlo antes, salvo en caso de incendio.

Quisieron ver al oficial, pero eso era completamente imposible, aunque se alojaba en el hotel, y sólo monsieur Follenvie estaba autorizado a ha-

blarle de los asuntos civiles. Así que esperaron. Las mujeres volvieron a subir a sus habitaciones, y ocuparon el tiempo en naderías.

Cornudet se acomodó al pie de la alta chimenea de la cocina, en la que ardía un gran fuego. Se hizo llevar allí una de las mesitas de café, una botella de cerveza, y prendió su pipa, que entre los demócratas gozaba casi de tanta consideración como él mismo, como si al servir a Cornudet hubiera servido también a la patria. Se trataba de una magnífica pipa de escoria bien templada, tan negra como los dientes de su dueño, pero perfumada, recurvada, reluciente, familiarizada con su mano, y que completaba su fisionomía. Permaneció inmóvil, los ojos fijos a veces en la llama del hogar, a veces en la espuma de la jarra de cerveza; y cada vez que bebía, se pasaba con satisfacción los largos y delgados dedos por los largos y sucios cabellos, mientras ahumaba su bigote manchado de espuma.

Loiseau, con el pretexto de estirar las piernas, fue a colocarles vino a los tenderos de la zona. El conde y el industrial se pusieron a charlar de política. Preveían el futuro de Francia. El uno creía en los monárquicos orleanistas, el otro en un salvador desconocido, un héroe que se revelaría cuando la situación fuese desesperada: ¿un gene-

ral Guesclin, quizás una heroína Juana de Arco? ¿U otro Napoléon I? ¡Ah, si el príncipe imperial no fuera tan joven! Cornudet, al escucharlos, sonreía como el hombre que conoce las claves del destino. Su pipa perfumaba la cocina.

Cuando dieron las diez, monsieur Follenvie apareció. Le preguntaron en seguida, pero sólo pudo repetir dos o tres veces, sin variaciones, estas palabras: «El oficial me ha dicho algo así: monsieur Follenvie, usted prohibirá que mañana enganchen el carroaje de estos viajeros. No quiero que partan sin mi orden. Usted ya me ha entendido. Es suficiente».

Entonces quisieron ver al oficial. El conde le envió su tarjeta, en la que monsieur Carré-Lamadon añadió su nombre y sus títulos. El prusiano, por la misma vía, respondió que recibiría a estos dos hombres cuando hubiera almorzado, es decir, hacia la una.

Las damas acudieron de nuevo y todos comieron algo, pese a la inquietud. Bola de Sebo parecía enferma y extraordinariamente turbada.

Acababan el café cuando el ordenanza vino a buscar a estos caballeros.

Loiseau se unió a los dos primeros; pero cuando intentaron convencer a Cornudet para dar más solemnidad a sus gestiones, declaró orgullo-

samente que pretendía no tener jamás relación alguna con los alemanes; y regresó a su chimenea, pidiendo otra cerveza.

Los tres hombres subieron y fueron introducidos en la mejor habitación del hotel, donde el oficial los recibió arrellanado en un sofá, los pies sobre la chimenea, fumando una larga pipa de porcelana y envuelto en una bata de flores, hurtada sin duda en la estancia abandonada de algunos burgueses de mal gusto. No se levantó, no los saludó, no los miró. Dio muestras del magnífico repertorio de la grosería propia del militar victorioso.

Al cabo de unos instantes, dijo por fin:

—¿Qué desssean ussstedesss?

El conde tomó la palabra:

—Deseamos partir, monsieur.

—No.

—¿Me disculpará si le pregunto la causa de su negativa?

—Porrrque yo no quierrro.

—Le hago observar respetuosamente, monsieur, que vuestro general en jefe nos ha entregado un permiso de partida para llegar a Dieppe; y no pienso que hayamos hecho nada para merecer su severidad.

—Yo no quierrro... essso esss todo... Pueden ussstedesss bajarr.

Tras inclinarse respetuosamente los tres, se retiraron.

La tarde fue penosa. No acertaban a comprender este capricho del alemán; y las explicaciones más disparatadas les venían a la cabeza. Todos se quedaron en la cocina y discutieron sin descanso, imaginando motivos inverosímiles. ¿Quizás querían retenerlos como rehenes? Pero ¿con qué fin? ¿O llevarlos prisioneros? ¿O, más bien, pedirles un rescate desproporcionado? Con este pensamiento, el pánico los sobre cogió. Los más ricos estaban más asustados, viéndose ya coaccionados, para comprar sus vidas, a depositar bolsas de oro en las manos de este soldado insolente. Se devanaban los sesos para encontrar mentiras creíbles, disimular sus riquezas, hacerse pasar por pobres, muy pobres. Loiseau se quitó la cadena del reloj y la escondió en el bolsillo. La proximidad de la noche aumentaba la aprensión. Se encendió la lámpara, y como aún quedaban dos horas para la cena, madame Loiseau propuso una partida al treinta y uno. Sería una distracción. Aceptaron. El propio Cornudet, que había apagado su pipa por educación, tomó parte en ella.

El conde barajó las cartas, repartió, Bola de Sebo tenía treinta y uno de entrada; y pronto el interés de la partida calmó el temor que asediaba

las mentes. Pero Cornudet descubrió que la pareja Loiseau se entendía para hacer trampas.

Cuando iban a sentarse a la mesa para cenar, monsieur Follenvie se presentó de nuevo; y, con voz ronca, anunció:

—El oficial prusiano manda preguntar a mademoiselle Élisabeth Rousset si aún no ha cambiado de parecer.

Bola de Sebo se quedó de pie, pálida; luego, poniéndose súbitamente carmesí, tuvo un acceso tal de cólera que no podía hablar. Por fin estalló:

—Dígale usted a ese crápula, a ese cerdo, a esa carroña de prusiano, que nunca querré; me ha escuchado bien, nunca, nunca, nunca.

El gordo hospedero salió. Entonces rodearon a Bola de Sebo, la interrogaron, todos le pidieron que desvelara el enigma de su visita. Ella primero se resistió; pero la exasperación pronto la dominó:

—¿Qué quiere? ¿Qué quiere? ¡Quiere acostarse conmigo! —gritó.

Nadie se molestó por el tono de su respuesta, tal era la indignación. Cornudet rompió su jarra al ponerla con violencia en la mesa. Hubo un clamor de reprobación contra este militarucho innoble, un viento de rabia, un llamamiento a la resistencia colectiva, como si a cada uno de ellos le hu-

bieran pedido una parte del sacrificio exigido a ella. El conde declaró con asco que estas gentes se comportaban a la manera de los antiguos bárbaros. Sobre todo las mujeres le expresaron a Bola de Sebo una commiseración enérgica y afectuosa. Las monjas, que sólo aparecían en las comidas, habían bajado la cabeza y no decían nada.

Pese a todo, cenaron cuando el primer furor se hubo aplacado; pero hablaron poco: meditaban.

Las damas se retiraron temprano; y los hombres, sin parar de fumar, organizaron un aparte, al que fue invitado monsieur Follenvie con la intención de interrogarle hábilmente sobre los medios necesarios para vencer la resistencia del oficial. Pero sólo pensaba en sus cartas, sin atender, sin responder; y repetía sin cesar: «Al juego, caballeros, al juego». Estaba tan concentrado que se olvidaba de escupir, lo que le arrancaba del pecho sonidos de órgano. Los pitidos de los pulmones abarcaban el registro entero del asma, desde las notas graves y profundas hasta los gallos agudos.

Incluso rechazó subir, cuando su mujer, que se caía de sueño, vino a buscárselo. Entonces se marchó sola, porque era «de las mañanas», levantándose con el sol, mientras que su marido era «de las tardes», siempre dispuesto a pasar la noche con amigos. Él le gritó: «¡Pon mi ponche de

huevo al fuego!», y volvió a su partida. Cuando vieron claro que ya no podían disfrutar de la baraja, acordaron que era hora de marcharse, y cada cual se fue a su cama.

Se levantarón muy temprano la mañana siguiente con una esperanza indefinida, un mayor deseo de marcharse, el miedo a pasar otro día en este horrible y pequeño hotel.

¡Ay! los caballos seguían en las cuadras; el cochero, invisible. Por matar el tiempo, echaron un vistazo alrededor del carroaje.

El desayuno fue muy triste; se había producido como un enfriamiento hacia Bola de Sebo, porque la noche, buena consejera, había modificado algo las opiniones. Ahora casi reprochaban a la muchacha que no hubiera ido en secreto al encuentro del prusiano, para dar a sus compañeros una grata sorpresa al despertar. ¿Había algo más sencillo? ¿Quién se habría enterado, por otra parte? Ella habría podido salvar las apariencias mandando decir al oficial que le daba lástima el desamparo de los viajeros. Para ella, ¡tendría tan poca importancia!

Pero nadie reconocía aún estos pensamientos.

Por la tarde, como se morían de aburrimiento, el conde propuso dar un paseo por los alre-

dedores del pueblo. Todos se abrigaron bien y el pequeño grupo partió, con la excepción de Cornudet, que prefería quedarse junto al fuego, y las monjas, que empleaban sus jornadas en la iglesia o con el cura.

El frío, más intenso cada día, hería con crudeza la nariz y las orejas; los pies se volvían tan sensibles que cada paso era un suplicio; y cuando alcanzaron campo abierto, éste se les presentó tan espantosamente lúgubre bajo esta blancura interminable que en seguida todos dieron media vuelta, con el alma helada y el corazón en un puño.

Las cuatro mujeres caminaban delante, los tres hombres las seguían a cierta distancia.

Loiseau, que comprendía la situación, preguntó de repente si esta «garza» aún les iba a hacerse quedar mucho tiempo en un lugar como éste. El conde, siempre cortés, dijo que no podían exigir a una mujer un sacrificio tan penoso, y que debía salir de ella. Monsieur Carré-Lamadon observó que si los franceses, como parecía, lanzaban una contraofensiva por Dieppe, el encuentro sólo podría tener lugar en Tôtes. Esta reflexión dejó preocupados a los otros dos.

—Si escapáramos a pie... —dijo Loiseau.

El conde se encogió de hombros:

—¿Se lo piensa usted, con esta nieve? ¿Con nuestras mujeres? Y además saldrían en nuestra persecución, nos alcanzarían en diez minutos, y nos llevarían prisioneros a la merced de los soldados.

Era cierto; se callaron.

Las damas hablaban de ropa; pero una cierta tirantez parecía desunirlas.

De pronto, al extremo de la calle, el oficial apareció. Sobre la nieve que cerraba el horizonte, se recortó su cintura de avispa en uniforme. Caminaba con las rodillas separadas, con esos andares propios de los militares que se esfuerzan por no mancharse las botas cuidadosamente enceradas.

Hizo una leve reverencia al pasar junto a las damas, y miró con desdén a los hombres, que, por lo demás, tuvieron la dignidad de no descubrirse, aunque Loiseau insinuó un gesto para quitarse el sombrero.

Bola de Sebo había enrojecido hasta las orejas; y las tres mujeres casadas se sintieron humilladas al ser encontradas por el soldado en la compañía de esta muchacha, a la que con tanta impertinencia había tratado.

Así que hablaron de él, de su carácter, de su semblante. Madame Carré-Lamadon, que había tratado a muchos oficiales y los juzgaba con

conocimiento, no encontraba a éste mal del todo; lamentaba incluso que no fuera francés, porque sería un hermoso húsar que volvería locas a todas las mujeres.

Cuando estuvieron de vuelta, ya no supieron qué hacer. Incluso intercambiaron palabras des-templadas a propósito de cosas insignificantes. La cena, silenciosa, duró poco, y todos subieron a acostarse, esperando dormir para matar el tiempo.

Bajaron la mañana siguiente con los semblantes cansados y los corazones exasperados. Las mujeres apenas si dirigían la palabra a Bola de Sebo. Una campana tañó. Era por un bautizo. Bola de Sebo era madre de un niño, que se criaba en la casa de unos campesinos de Yvetot. No lo veía ni una vez al año, y nunca se acordaba de ello; pero el pensamiento del que iban a bautizar en el pueblo clavó en su corazón una ternura súbita y violenta por el suyo, y quiso asistir sin falta a la ceremonia.

En cuanto se hubo marchado, los demás se miraron, luego acercaron las sillas, pues sentían que había llegado la hora de tomar alguna decisión. Loiseau tuvo una inspiración: era de la opinión de proponer al oficial que retuviera a Bola de Sebo, y dejara partir a los demás.

Monsieur Follenvie aceptó el encargo, pero volvió a bajar de inmediato. El alemán, que conocía la naturaleza humana, lo había echado de la habitación. Pretendía retener a todo el mundo hasta que sus deseos fueran satisfechos.

Entonces el temperamento populachero de madame Loiseau estalló:

—Pero nosotros no vamos a morirnos de viejos aquí. Puesto que ése es el trabajo de esta por diosera, hacer eso con todos los hombres, no me parece que tenga el derecho de rechazar a uno sí y a otro no. Piénsenlo ustedes, se lo ha hecho con todos los que ha encontrado en Ruan, ¡incluso con los cocheros! Sí, madame, ¡el cochero de la prefectura! Si lo sabré yo, que nos compra vino en casa. Y ahora, cuando se trata de sacarnos de un apuro, ¡se hace la remilgada, esta mocosa!... A mí me parece que se comporta, este oficial. Es posible que se haya privado de todo desde hace mucho tiempo; y aquí estamos tres que sin duda habría preferido. Él se conforma con la que es de todos. Respeta a las mujeres casadas. Véanlo así, es el que manda. Le bastaría con decir: «Quiero», y podría tomarnos por la fuerza con sus soldados.

Las dos mujeres sintieron un escalofrío. Los ojos de la bonita madame Carré-Lamadon brillan-

ban, y estaba un poco pálida, como si ya se sintiera tomada por la fuerza por el oficial.

Los hombres, que discutían apartados, se acercaron. Loiseau, furibundo, quería entregar a «esta miserable» atada de pies y manos al enemigo. Pero el conde, heredero de tres generaciones de embajadores, y con madera de diplomático, era partidario de la habilidad: «Habrá que ayudarla a decidir», dijo.

Entonces conspiraron.

Las mujeres se juntaron, todos bajaron el tono de voz, y la discusión se generalizó, dando cada uno su opinión. Fue una conversación muy decorosa, por lo demás. Las damas sobre todo hablaban sesgos matizados, encantadoras sutilezas, para decir las cosas más escabrosas. Un extranjero no habría comprendido nada, tanto se observaba el comedimiento del lenguaje. Pero como el ligero velo de pudor con que se viste toda mujer sólo cubre la superficie, se regocijaban en esta aventura de truhanes, se divertían locamente en el fondo, sintiéndose en su elemento, manoseando el amor con la sensualidad de un cocinero glotón que prepara la comida de otro.

La alegría regresó por sí sola, pues la situación al fin y al cabo les parecía graciosa. El conde encontró chanzas un tanto delicadas, pero tan bien

dichas que hacían reír. A su vez, Loiseau soltó algunas picardías subidas de tono que no hirieron a nadie; y el pensamiento expresado con rotundidad por su mujer estaba en la mente de todos: «Puesto que ése es el trabajo de esta pordiosera, hacer eso con todos los hombres, no me parece que tenga el derecho de rechazar a uno sí y a otro no». La amable madame Carré-Lamadon parecía incluso pensar que ella en su lugar rechazaría al uno menos que al otro.

Prepararon concienzudamente el asedio, como para una fortaleza sitiada. Convinieron el papel que cada uno jugaría, los argumentos en los que se apoyaría, las maniobras que debería ejecutar. Trazaron el plan de ataque, los ardides a emplear, y las sorpresas del asalto, para forzar a este castillo viviente a recibir al enemigo en el patio de armas.

Cornudet entretanto permanecía apartado, completamente ajeno a este asunto.

Estaban todos tan concentrados, que no oyeron a Bola de Sebo entrar. Pero el conde emitió un ligero «chist», que hizo levantar todas las miradas. Allí estaba. Se callaron de repente y, al principio, un cierto embarazo les impidió hablarle. La condesa, más hecha que los demás a las ambigüedades de los salones, le preguntó:

—¿Fue entretenido el bautizo?

La gorda muchacha, aún emocionada, contó todo, y las caras, y los gestos, e incluso el aspecto de la iglesia. Añadió:

—¡Hace tanto bien rezar de vez en cuando!

Entretanto, hasta el almuerzo, las damas se contentaron con ser amables con ella, para ganar su confianza y la docilidad a sus consejos.

Tan pronto como se sentaron a la mesa, comenzaron los acercamientos. Primero fue una conversación vaga sobre el sacrificio. Se citaron ejemplos de la Antigüedad: Judith y Holofernes, y luego, sin vínculo aparente, Lucrecia con Sextus, Cleopatra, que había hecho pasar por su cama a todos los generales enemigos, sometiéndolos a servilismos de esclavo. Entonces se fue hilando una historia de fantasía, nacida de la imaginación de estos millonarios ignorantes, en la que las ciudadanas de Roma iban a Capua para adormecer entre sus brazos a Aníbal, y, con él, a sus lugartenientes, y a las falanges de mercenarios. Citaron a todas las mujeres que detuvieron a los conquistadores, haciendo de sus cuerpos un campo de batalla, un medio de dominio, un arma, que vencieron con sus caricias heroicas a seres horribles o detestados, y ofrendaron su castidad a la venganza y el sacrificio.

Hablaron incluso con términos velados de esta inglesa de gran apellido que se había dejado

do inocular una horrible y contagiosa enfermedad para transmitirla a Bonaparte, que se salvó milagrosamente, por un malestar repentino, a la hora de la cita fatal.

Y todo esto lo contaron de un modo apropiado y moderado, en el que a veces destacaba un entusiasmo que podía estimular la emulación.

Habría podido creerse, en fin, que el único papel de la mujer, por lo que decían, era un perpetuo sacrificio de su persona, un abandono continuo a los caprichos de la soldadesca.

Las dos monjas no parecían entender ni una palabra, perdidas en pensamientos profundos, y Bola de Sebo no decía nada.

Durante toda la tarde, la dejaron reflexionar. Pero en lugar de llamarla «madame», como habían hecho hasta entonces, la trataban simplemente como «mademoiselle», sin que nadie supiera bien por qué, como si hubieran querido degradarla en la estima que había alcanzado, hacerle sentir su situación vergonzosa.

Cuando se sirvió el potaje, monsieur Follenvie volvió a presentarse, repitiendo su frase de la víspera:

—El oficial prusiano manda preguntar a mademoiselle Élisabeth Rousset si aún no ha cambiado de parecer.

Bola de Sebo respondió con sequedad:

—No, monsieur.

Pero en la cena la coalición se debilitó. Loiseau tuvo tres intervenciones desafortunadas. Todos se devanaban los sesos para hallar nuevos ejemplos y no encontraban nada, y la condesa, quizás sin premeditación, experimentando una vaga necesidad de rendir homenaje a la religión, preguntó a las monjas sobre los grandes hechos de la vida de los santos. Ahora bien, muchos habían cometido actos que resultarían crímenes a nuestros ojos; pero la Iglesia absuelve sin esfuerzo estas fechorías cuando se destinan a la gloria de Dios, o al bien del prójimo. Era un argumento poderoso: la condesa le sacó partido. Entonces, sea por una de estas ententes tácitas, sea simplemente por el efecto de un malentendido feliz, una caritativa tontería, la vieja religiosa aportó a la conspiración un formidable apoyo. La creían tímida, pero se mostró audaz, habladora, impulsiva. A ella no le habían turbado los titubeos de la casuística; su doctrina parecía una barra de hierro; su fe nunca dudaba; su conciencia carecía de escrúpulos.

Consideraba muy sencillo el sacrificio de Abraham, pues ella de inmediato habría matado padre y madre por una orden procedente de lo Alto; y nada, en su opinión, podía desagradar al

Señor cuando la intención era loable. La condesa, aprovechando la autoridad sagrada de su cómplice inesperada, le hizo trabar una especie de discurso edificante de este axioma moral: «El fin justifica los medios».

Le preguntaba:

—Entonces, hermana, ¿piensa usted que Dios acepta todos los caminos, y perdona el hecho cuando el motivo es puro?

—¿Quién podría dudar de ello, madame? Una acción censurable en sí misma se vuelve a menudo meritoria por el propósito que la inspira.

Prosiguieron así, desenredando las voluntades de Dios, previendo sus decisiones, haciendo que se interesase por cosas que, en verdad, ni siquiera le incumbían.

Todo esto se presentaba envuelto, hábil y discretamente. Pero cada palabra de la santa hija de la caridad abría una brecha en la resistencia indignada de la cortesana. Luego, la conversación dio un rodeo, la mujer de los rosarios colgantes habló de las casas de su orden, de su superiora, de ella misma, y de su encantadora y querida hermana Santa Nicéfora. Las habían reclamado desde El Havre para cuidar en los hospitales a los centenares de soldados contagados de viruela. Describió con todo detalle la enfermedad de es-

tos pobres soldados. Y mientras ellas estaban detenidas en ruta por los caprichos de este prusiano, podían morir numerosos franceses ¡a los que ellas quizás habrían salvado! Era su especialidad: cuidar militares; había estado en Crimea, en Italia, en Austria, y, narrando sus campañas, se reveló de pronto como una de esas religiosas de tambor y trompeta que parecen hechas para seguir a los ejércitos, recoger heridos en el fragor de las batallas y, mejor que los mismos mandos, enderezar con una voz a los grandes brutos indisciplinados; una verdadera monja ran tataplán cuya cara, horadada por incontables hoyos, parecía un cuadro de los desastres de la guerra.

Nadie añadió nada a sus palabras, tan excelente fue el efecto causado.

Tan pronto como terminaron la cena, subieron deprisa a las habitaciones para no bajar, el día siguiente, hasta bien avanzada la mañana.

El desayuno fue tranquilo. Le daban al grano sembrado la víspera tiempo de germinar y de echar frutos.

La condesa propuso dar un paseo a mediodía; entonces el conde, como habían convenido, tomó a Bola de Sebo por el brazo y se retrasó con ella unos pasos.

Le habló con ese tono familiar, paternal, algo desdeñoso, que los hombres de posición emplean con las muchachas, llamándola «mi querida niña», tratándola desde lo alto de su estatus social, de su honorabilidad incuestionable. Y entró enseguida en el meollo del asunto:

—Así que usted prefiere dejarnos aquí, expuestos como usted misma a los desmanes que seguirán a la derrota de las tropas prusianas, antes que consentir ahora en uno de esos caprichos...

Bola de Sebo no respondió nada.

La abordó con dulzura, con la razón, con sentimientos. Supo mantenerse en el papel de «monsieur conde» y mostrarse galante cuando fue preciso, adulador, amable a fin de cuentas. Exaltó el servicio que les prestaría, habló de la gratitud que le deberían; y de pronto, tuteándola alegremente:

—Y ya sabes, querida: el prusiano podrá presumir de haber gustado de una bonita muchacha como no abundan en su país.

Bola de Sebo no contestó y se unió al grupo.

En cuanto regresaron, subió a su dormitorio y no volvió a aparecer. La inquietud era extrema. ¿Qué haría? Si se resistía, ¡qué inconveniente!

Sonó la hora de la cena; la esperaron en vano. Monsieur Follenvie, entrando, anunció que ma-

demoiselle Rousset se sentía indisposta, y que podían sentarse a la mesa. Todos escucharon con atención. El conde se acercó al hospedero, y, muy bajo, preguntó: «¿Marcha la cosa?» «Sí». Por decoro, no dijo nada a sus compañeros, sino que les hizo tan sólo un ligero signo con la cabeza. Enseguida un gran suspiro de alivio escapó de todos los pechos, una alegría se dibujó en los rostros. Loiseau voceó: «¡Caramba! Si hay champaña en el establecimiento, yo lo pago»; y madame Loiseau sintió una angustia cuando el patrón regresó con cuatro botellas. Todos se habían vuelto de pronto comunicativos y bulliciosos; una alegría picante llenaba los corazones. El conde pareció descubrir que madame Carré-Lamadon era encantadora, el fabricante hizo cumplidos a la condesa. La conversación fue viva, juguetona, llena de matices.

De pronto, Loiseau, el rostro angustiado y levantando el brazo, ordenó: «¡Silencio!» Todos callaron, sorprendidos, casi alarmados. Entonces Loiseau extendió la oreja e hizo un «chist...» con ambas manos, levantó los ojos hacia el techo, escuchó de nuevo, y añadió con voz natural: «Tranquilos, todo va bien».

Dudaron un instante, pero pronto la sonrisa arqueó los labios.

Después de un cuarto de hora, Loiseau retomó la misma farsa, repitiéndola a menudo durante la velada; ponía cara de interpelar a alguien en el piso de arriba, dándole consejos ambiguos, propios de su carácter de viajante a comisión. Por momentos adquiría un aire triste, para suspirar: «Pobre muchacha», o murmuraba entre dientes con tono iracundo: «¡Prusiano bandido!» Y alguna vez, en el momento más inesperado, como hablándose a sí mismo: «Espero que volvamos a verla; que no la mate así, ¡el muy miserable!»

Aunque estas humoradas fueran de un gusto deplorable, divertían sin herir a nadie, pues la indignación depende del contexto, como todo lo demás, y la atmósfera que se había creado poco a poco se había cargado con pensamientos libertinos.

A los postres, las mujeres hicieron alusiones ingeniosas y discretas. Las miradas relucían; habían bebido mucho. El conde, que conservaba incluso en los descuidos su gran aspecto de gravedad, halló una sabrosa comparación sobre el fin de la hibernación en el polo y la alegría de los naufragos que ven abrirse una ruta hacia el sur.

Loiseau, lanzado, se puso en pie, una copa de champaña en la mano: «¡Bebo por nuestra puesta en libertad!» Todos se levantaron: lo aclamaron.

Las dos monjas, a solicitud de las damas, consintieron humedecer sus labios en este vino espumoso que nunca antes habían probado. Declararon que se parecía a la limonada gaseosa, pero que no obstante era más fino.

Loiseau retomó el control. «Es una pena no tener un piano, porque podríamos tocar una danza de salón, una cuadrilla».

Cornudet no había dicho una palabra, pero torció el gesto; parecía incluso sumido en muy graves pensamientos, y se atusaba a veces, con ade-mán furioso, la larga barba, que parecía alargarse aún más. En fin, hacia medianoche, como debían separarse, Loiseau, que se tambaleaba, le palmeó de pronto el vientre y le dijo tartamudeando:

—¿No está usted contento esta noche? ¿No dice nada, ciudadano?

Pero Cornudet alzó bruscamente la cabeza y, recorriendo a los reunidos con una mirada encendida y terrible:

—¡Les digo a todos ustedes que acaban de cometer una infamia!

Se levantó, alcanzó la puerta, y repitió una vez más :

—¡Una infamia! —y desapareció.

Por un instante, esto sentó como una jarra de agua fría. Loiseau, conmocionado, tenía la boca

abierta; pero enseguida retomó su aplomo, y luego, de pronto, partiéndose de la risa, repitió:

—Están demasiado verdes, amigo mío, demasiado verdes...

Como los demás no lo comprendían, contó los «misterios del pasillo» de la primera noche. Se produjo entonces un formidable estallido de alegría. Las damas se divertían como locas. El conde y monsieur Carré-Lamadon lloraron de tanto reír. Nunca se habían reído tanto.

—¡Cómo! ¿Está usted seguro? Quería...

—Le digo que lo he visto.

—Y ella rehusó...

—Porque el prusiano estaba en la habitación de al lado.

—¿Será posible?

—Se lo juro.

El conde se ahogaba. El industrial se sujetaba el estómago con las dos manos. Loiseau continuaba:

—Y, ya me entiende, lo de esta tarde no le parece divertido, ni mucho menos.

Y los tres se marcharon, enfermos, sofocados.

Se separaron arriba. Madame Loiseau, que tenía la naturaleza de las ortigas, hizo observar a su marido, cuando se acostaban, que «esta mo-

cosa» de pequeña Carré-Lamadon se había reído en falso toda la velada. «Ya sabes, las mujeres, cuando hay uniformes por medio, sean franceses o prusianos... eso les da igual. ¡Que lástima, Dios nuestro señor!»

Y toda la noche, en la oscuridad del pasillo, hubo roces, ligeros ruidos, apenas audibles, parecidos a soplos, pisaditas de pies desnudos, imperceptibles crujidos. Y no se durmieron hasta muy tarde, seguramente, pues las manchas de luz se deslizaron largo tiempo bajo las puertas. El champagne causa estos efectos; altera el sueño, suele decirse.

La mañana siguiente, un claro sol de invierno hacía resplandecer la nieve. La diligencia, por fin dispuesta, esperaba ante la puerta, mientras que un ejército de palomas blancas, abrigadas en su espeso plumaje, con un ojo rosa, manchado en el medio por un punto negro, se paseaban gravemente entre las patas de los seis caballos, y se buscaban la vida entre los excrementos humeantes.

El cochero, envuelto en su piel de cordero, se encendía la pipa en el pescante, y los viajeros, exultantes, rápidamente hicieron empaquetar provisiones para el resto del viaje.

Ya sólo esperaban a Bola de Sebo. Finalmente llegó.

Parecía algo turbada, avergonzada; se dirigió tímidamente hacia sus compañeros de viaje, que, al unísono, le mostraron la espalda, como si no la hubieran visto. El conde tomó con dignidad el brazo de su mujer y la alejó de este contacto impuro.

La gorda muchacha se detuvo, estupefacta; entonces, reuniendo todo su coraje, abordó a la mujer del fabricante con un «buenos días, madame» pronunciado con toda humildad. La otra apenas si hizo un impertinente saludo con la cabeza, acompañándolo con una mirada de virtud ultrajada. Todos parecían ocupados en otros asuntos, y se mantenían lejos de ella como si trajera una infección en la falda. Luego se precipitaron hacia el carro, que ella alcanzó sola, la última, ocupando en silencio el mismo asiento de la primera jornada del viaje.

No parecían verla, ni conocerla; pero madame Loiseau, observándola desde lejos con indignación, dijo en voz baja a su marido: «Afortunadamente no estoy a su lado».

El pesado carro arrancó, y el viaje se reanudó.

Al principio no hablaron nada. Bola de Sebo no osaba levantar la mirada. Se sentía al mismo tiempo indignada con todos sus compañeros de

viaje, y humillada de haber cedido, mancillada por los besos de ese prusiano a cuyos brazos la habían arrojado hipócritamente.

Pero la condesa, volviéndose hacia madame Carré-Lamadon, pronto rompió este penoso silencio.

—Usted conoce, creo, a madame de Etreilles.

—Sí, es una de mis amigas.

—¡Qué mujer tan encantadora!

—¡Fascinante! Una verdadera mujer de la élite, muy instruida además, y artista hasta la punta de los dedos; canta de un modo maravilloso y dibuja a la perfección.

El fabricante charlaba con el conde, y de su conversación a veces destacaba una palabra: «Cupón - intercambio - prima - a plazo vencido».

Loiseau, que había birlado la vieja baraja de naipes de la hospedería, engrasada por cinco años frotando las mesas mal secadas, atacó una partida de báliga con su esposa.

Las monjas se pusieron en la cintura el largo rosario, que colgaba, hicieron a la vez el signo de la cruz, y de súbito sus labios comenzaron a moverse vivamente, más y más rápido, apresurando el murmullo como en una carrera de *oremus*. Luego retomaron el ritmo ligero y continuo.

Cornudet meditaba, inmóvil.

Al cabo de tres horas de viaje, Loiseau recogió sus cartas: «Hay hambre», dijo.

Entonces su mujer alcanzó un paquete atado, de donde sacó un pedazo de ternera frío. Lo cortó adecuadamente en lonchas delgadas y prietas, y los dos se pusieron a comer.

«Podríamos hacer lo mismo», dijo la condesa. Aceptaron y ella desembaló las provisiones preparadas para los dos matrimonios. En uno de esos frascos alargados cuya boca de loza lleva inscrita una liebre, para indicar que dentro hay paté, había un suculento fiambre, la oscura carne de caza cruzada por las blancas franjas de grasa, combinada con otras carnes picadas. Un buen pedazo de queso gruyère, que había estado envuelto en papel de periódico, aún lucía impresa la palabra «sucesos».

Las dos monjas desenvolvieron un salchichón al ajo; y Cornudet, hundiendo ambas manos a la vez en los dos amplios bolsillos de su abrigo, sacó del primero cuatro huevos duros y del segundo un panecillo. Le quitó la cáscara al pan, la arrojó a sus pies en la paja y se puso a masticar los huevos, precipitando en su vasta barba pedacitos de yema que, allí perdidos, parecían estrellas.

Bola de Sebo, con las prisas y el atolondramiento del despertar, no había podido pensar en nada; y miraba, exasperada, encendida en rabia, a todas aquellas personas que comían tranquilamente. Se sintió furiosa al principio, y abrió la boca para reprocharles su gesto con el torrente de injurias que le subía a los labios; pero no podía hablar, la exasperación la estrangulaba.

Nadie la miraba ni pensaba en ella. Se sentía ahogada en el desprecio de estos honestos bribones que primero la habían sacrificado, y luego rechazado como algo inadecuado e inútil. Entonces recordó su gran cesto con comestibles, que ellos habían devorado con glotonería, sus dos pollos bañados en gelatina, sus patés, sus peras, sus cuatro botellas de burdeos; y su furia se derrumbó de pronto, como una cuerda demasiado tirante que se rompe, y se sintió a punto de llorar. Hizo un enorme esfuerzo, se enderezó, se comió las uñas como los niños, pero el llanto acudía, brillando al borde de sus párpados, y pronto dos grandes lágrimas, soltándose de los ojos, resbalaron despacio por sus mejillas. Otras más rápidas las siguieron, fluyendo como gotas de agua que se filtran de una roca, y cayendo regularmente sobre la curva turgente de su pecho. Se mantenía derecha, la mirada fija, el semblante rígido y pálido, esperando que no la vieran.

Pero la condesa se dio cuenta y avisó a su marido con un signo. Él levantó los hombros, como diciendo: «Qué quieras, no es culpa mía». Madame Loiseau esbozó una muda risa de triunfo y murmuró: «Llora su vergüenza».

Las dos monjas volvieron a los rezos, tras haber envuelto en un papel el resto del salchichón.

Entonces Cornudet, que hacía la digestión de los huevos, estiró las largas piernas bajo la banqueta de enfrente, se recostó, cruzó los brazos, sonrió como un hombre que acaba de encontrar un buen chiste, y se puso a silbar «La Marselesa».

Una sombra oscureció los rostros. La canción popular no debía complacer del todo a sus compañeros. Se sintieron nerviosos, molestos, y parecían prestos a chillar como perros que oyen un órgano de manivela. Él se dio cuenta, pero no se detuvo. A veces incluso tarareaba la letra:

Amor sagrado a la patria,  
Dirige, sostén, nuestros brazos vengadores,  
Libertad, libertad amada,  
¡Combate con tus defensores!

Avanzaban más rápido en su huida, pues la nieve era más dura; y hasta Dieppe, durante las largas y tristes horas del viaje, sobre los baches

del camino, por la tarde que declinaba, luego en la oscuridad profunda del carroaje, Cornudet mantuvo, con una obstinación feroz, su silbido vengador y monótono, forzando las mentes cansadas y exasperadas a seguir la canción de principio a fin, a recordar cada una de las palabras de cada compás.

Y Bola de Sebo seguía llorando; y a veces un sollozo que no había podido retener se deslizaba, entre dos estrofas, hacia las tinieblas.





«Maupassant o el arte de narrar», prólogo de José Marzo . . . . .	9
<i>Bola de Sebo</i> , por Guy de Maupassant . . . . .	17

